

77 1

EL CHISTE.

COLECCION

DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

Á CAZA DE AVENTURAS.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. AURELIO ALCON.

MADRID.—1874.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.

MAGDALENA, 40.



A CAZA DE AVENTURAS.



Á CAZA DE AVENTURAS.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. AURELIO ALCON.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades
la noche del 7 de Octubre de 1873.

MADRID:—1874.

IMPRESA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4, BAJO.

PERSONAJES.

ACTORES.

CECILIA.	D. ^a TRINIDAD VEDIA.
DON SEGISMUNDO. . .	D. ANTONIO RIQUELME.
AQUILES.	RICARDO ZAMACOIS.
ENRIQUE.	ANDRÉS RUESGA.
DON PLÁCIDO.	MARIANO MARTINEZ.
PEDRO.	N. PEREZ.

La escena en Madrid: Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á la galería cómico-dramático titulada *El Chiste*, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la indicada galería son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala de paso en una fonda.—Dos puertas al foro y otras dos á derecha é izquierda. La primera derecha lleva el número 4; la segunda el 5, y la primera izquierda el 6, y el 7 la segunda. Entre las dos del foro consola con espejo. Sobre la consola habrá dos flores con ramos de flores y un reló.

ESCENA PRIMERA.

DON SEGISMUNDO. PEDRO.

Entran foro derecha; el segundo con un equipaje que deja en el número 7.

PEDRO. Por aquí, caballero, por aquí; en el número 7, habitación destinada á príncipes, embajadores y altos personajes. (Entra en el núm. 7.)

SEGIS. (Me ha conocido! Cierto que es difícil desconocer á un Vargas Machuca.) Y dices que don Enrique y don Aquiles Vargas?...

PEDRO. Se hospedan en esta misma fonda, sí señor.

SEGIS. Vé á avisarles mi llegada. Díles que su tío don Segismundo Vargas Machuca les espera con impaciencia.

PEDRO. Está bien, caballero. (Váse foro derecha.)

ESCENA II.

DON SEGISMUNDO.

SEGIS. Qué placer van á experimentar al verme, y cuánto no va á ser el mio al oirles referir sus hazañas! Veré si han cumplido su palabra. Ardiente, entusiasta por románticas aventuras, decidí instituir en heredero universal de mis bienes á aquel de mis dos sobrinos que llevara á efecto más arriesgadas y peligrosas empresas... amatorias, por supuesto. De Aquiles no he tenido queja; por sus cartas he seguido su azarosa vida. De Enrique no tanto; bien es verdad que en estas cuestiones, la reserva es una gran virtud; pero qué se yo? No creo á Enrique tan emprendedor como su primo. En fin, ello dirá; pienso no separarme de ellos de aquí en adelante y por mí mismo podré conocer...

ESCENA III.

DICHO. ENRIQUE, foro derecha.

ENR. Tío del alma! (Abrazándole.)

SEGIS. Querido Enrique! No esperabas sin duda esta sorpresa?

ENR. No á fé, y tanto ménos, cuanto que pensaba abandonar de una vez á Madrid para volver á su lado.

SEGIS. Cómo! Serías capaz?...

ENR. De renunciar á todo, querido tío. La corte me hastía ya y deseo volver cuanto ántes á mi país para esperar en él tranquilamente la vuelta de Méjico de mi prima Cecilia que me ama y á quien adoro tambien.

SEGIS. Y por un amor tal vez olvidado por tantos años de ausencia, vas á prescindir de tus empresas amo-

rosas? Ay, ay, ay! A bien que tu primo Aquiles se habrá despachado á su gusto. Él si que...

ENR. Tal vez en sus viajes... pero lo dudo.

SEGIS. Cómo? No te ha contado?...

ENR. Era inútil, no le hubiera creído; pero aquí viene: quizás ahora...

ESCENA IV.

DICHOS. AQUILES, foro derecha con un cofrecito.

AQUI. Tío y señor... (Inclinándose delante de don Segismundo.)

SEGIS. Querido Aquiles! (Abrazándole fuertemente.)

AQUI. Adios, Enrique. Dispénseme usted si he tardado un momento en venir á ponerme á sus órdenes, pero el deber de caballero, es antes que todo.

SEGIS. Sí á fé. Los Vargas Machuca deben...

AQUI. (Y tanto como debo.)

SEGIS. Qué!

AQUI. Nó, decia que me ha sido preciso escribir á la vizcondesita del Sauce, con la que tenia una cita hoy por la mañana, para que no me espere, así como á los que apadrinan mi duelo con el marqués del Tilo, para que no acepten explicaciones de ningún género. Cuando se posee una figura como la mía y un ingénio digno de nuestra familia, no es posible vivir sin estas emociones. Ahora, inapreciable tío, dígnese usted aceptar este pequeño recuerdo de mi mucho cariño; esta caja, que encierra testigos materiales de mis innumerables aventuras.

SEGIS. Preciosa cajita! (Tomándola y poniéndola sobre la mesa.)

AQUI. Más precioso es aún su contenido.

ENR. (Fátuo!)

SEGIS. Veo, querido Aquiles, que has empleado el tiempo mejor que tu primo, y para convencerle de tu espíritu emprendedor, bueno será que le cuentes alguna de tus atrevidas aventuras.

- AQUI. Y para qué? Ninguna es á usted desconocida.
- SEGIS. No importa; tengo un verdadero placer en oírte-
las referir.
- AQUI. Como usted quiera. (Segunda edicion de mis men-
tiras.)
- SEGIS. Veamos esos objetos.
- ENR. (Apenas me atrevo á creer!...)
- AQUI. Este pañuelo teñido en sangre (sacándole de la cajita)
pertenecía á la desgraciada condesa de Orsini...
Permítame usted que derrame una lágrima!...
- SEGIS. Sí, sobrino, derrama!...
- AQUI. Sorprendida por el marido nuestra corresponden-
cia, clavó un puñal en el seno de su esposa, que
antes de espirar me envió, como postrer recuerdo,
este pañuelo teñido en su sangre y... permita us-
ted que derrame una lágrima.
- SEGIS. Sí, hijo; derrama.
- AQUI. Continúo. Al día siguiente desafióme el conde,
fui más diestro y le atravesé de parte á parte. Hé
aquí la empuñadura de la espada (sacándola), cuya
hoja quedó sepultada en su pecho. Permita usted...
- SEGIS. No; basta de pucheros.
- AQUI. Conforme.
- ENR. (Pero es posible?)
- SEGIS. Matar á todo un conde de Orsini! Un corso!
- AQUI. No era el primero: dias antes en Roma habia
muerto tambien en desafío al caballero Spagliatto.
- ENR. Corso tambien?
- SEGIS. Y fué?...
- AQUI. Por la adquisicion de esta zapatilla, propiedad de
la Guiliani, encantadora bailarina.
- SEGIS. Aprende, Enrique, aprende de tu primo.
- ENR. Psch! Más suerte.
- AQUI. (No; más camelos.)
- SEGIS. Desde hoy mi cariño te dará la preferencia. En-
rique se contenta con el amor de una sola mujer;
de Cecilia... En cuanto á mí, me decido á vivir á

tu lado, para ser testigo de tus audaces empresas.

AQUI. (Cáspita! Cáspita!) Pero...

SEGIS. Nada; tú serás el brazo y yo la cabeza.

AQUI. (Así me decapitaran!)

ESCENA V.

DICHOS. CECILIA, PEDRO foro derecha con equipaja.

PEDRO. Por aquí, señora, por aquí: en el número 4. (Entra el equipaje en el número 4.)

CEC. (Ellos!) (Al ver á Segismundo, Aquiles y Enrique.)

SEGIS. Una mujer! (A ella, sobrinos míos!)

ENR. (Y es hechicera!)

AQUI. (Nada; se empeñó!)

SEGIS. Obras son amores... (A Aquiles.)

AQUI. (Hum!... Valor! Si no fuera por la herencia!...) Señora... (A Cecilia.)

SEGIS. (Ya verás, ya verás!) (A Enrique.)

AQUI. Usted no debe ser española.

CEC. Ciertó.

AQUI. Fácilmente se adivina: no crecen tan lindas flores bajo el cielo de España!

ENR. (Imbécil!)

CEC. En cambio, adivínase fácilmente que usted es español: solo España puede producir tan lindas frases.

AQUI. Eh! qué tal? Ya la he flechado. (A Segismundo.)

SEGIS. Señora, no sé si habrá usted oído hablar de los Vargas Machuca, modelos de caballerosidad. De todos modos, tengo el placer de presentarle sus tres últimos vástagos, que desde ahora están á su disposicion.

CEC. (Probemos.) Gracias, caballero, en mi nombre y en el de mi esposo el conde de Pietraniera.

ENR. (Es casada!)

SEGIS. (Una condesa!)

- AQUI. (Pietraniera... Título italiano.)
CEC. Oriundo de Córcega.
AQUI. (Un corso!) (Asustado.)
CEC. (Ha hecho efecto.)
SEGIS. (El número tres!)
- Aquí. (Y yo que creía que Dumas había acabado con todos!)
- CEC. Héle aquí! (Viendo entrar á don Plácido)

ESCENA VI.

DICHOS. DON PLÁCIDO.

- CEC. (Ellos son!) (A don Plácido aparte.) Conde, tengo el gusto de presentarte...
- SEGIS. Los tres últimos (adelantándose) vástagos de los Vargas Machuca, modelos de caballerosidad...
- CEC. Que con una esquisita galantería se han ofrecido á nuestra disposición.
- PLÁC. Gracias, señores, en mi nombre y en el de mi esposa.
- AQUI. (Bah! Parece bonachon!)
- PLÁC. La oferta de ustedes es tanto más de agradecer, cuanto que es la vez primera que venimos á Madrid.
- SEGIS. Mis sobrinos y yo haremos cuanto esté de nuestra parte por hacerles más grata su estancia en la corte. (Presentándoles.) Mi sobrino Aquiles... modelo de caballerosidad. Mi sobrino Enrique... otro modelo de caballerosidad.
- PLÁC. Cuanto tengo y cuanto valgo está á su disposición. (Dándoles la mano.)
- AQUI. (Cáspita, cómo aprieta!)
- CEC. (Déjeme usted con ellos.) (A Plácido.)
- PLÁC. Y en prueba de que acepto sus galantes ofrecimientos, empezaré pidiendo á ustedes un favor.
- SEGIS. No uno, ciento.
- AQUI. No ciento, mil.

PLAC. Necesito indispensablemente salir para asuntos que no admiten demora, y deseo, si esto no les molesta, que acompañen ustedes á mi esposa durante mi ausencia.

SEGIS. Con sumo placer.

AQUI. Tanto honor!

PLAC. Gracias, señores... Hasta luego, querida esposa... (Fio en tu ingénio.) Hasta luego. (Vase foroderecha)

AQUI. Adios, conde. (Cuando digo que es bonachon.)

ESCENA VII.

DICHOS menos DON PLÁCIDO.

CEC. Desgraciados! Qué han hecho ustedes?

AQUI. (Eh?)

SEGIS. Nuestro deber, condesa. Qué mayor placer para nosotros? (A Aquiles.) Verdad?

AQUI. Ciertamente.

SEGIS. Y tanto mayor para Aquiles, que la adora á usted como un loco.

AQUI. (Tio!) Ah, sí! Hace tiempo...

CEC. Cómo? Me conocia usted ya?

AQUI. No, pero la (Con aplomo.) sospechaba, que es lo mismo.

CEC. Es decir que su amor de usted no retrocederá ante ningun peligro?

AQUI. Retroceder? Nunca, señora, nunca. Como dice muy bien mi tio, los Vargas Machuca jamás han retrocedido!

SEGIS. Sublime, Aquiles, sublime!

ENR. Señora, seguramente no poseo la elocuencia de mi primo.

AQUI. Ya lo creo que no!

ENR. (Imbécil!) Pero si es á usted necesaria mi vida disponga de ella.

CEC. Gracias, Enrique; gracias, Aquiles; pero yo no

puedo aceptar sus galantes ofrecimientos, porque sería conducirles á la muerte.

AQUI. (Eh?)

SEGIS. (Aventura tenemos!)

ENR. (Qué irá á decir?)

CEC. (Hizo efecto!) Con mi secreto doy á ustedes una prueba de confianza; espero que al saberlo ni una sola palabra saldrá de sus labios.

SEGIS. Lo juramos. (Gravedad cómica.)

AQUI. Lo juramos! (Idem.)

CEC. Gracias. Oigan ustedes. En el año mil seiscientos veinticinco...

AQUI. (Aprieta!) Podíamos sentarnos, eh? Dos siglos de fecha bien merecen... (Se sientan.)

CEC. Seré breve. Existían en Córcega dos casas íntimamente ligadas por la amistad: la casa de los Pigliaspada y la de los Mammiani, de la que soy último descendiente.

AQUI. Qué apellido tan raro. Mammiani!

ENR. Calla!

SEGIS. Silencio!

CEC. Circunstancias políticas trocaron aquella amistad tan dulce en el rencor más profundo. Desde entonces acá, y en satisfaccion de este ódio, han sucumbido cincuenta y tres Mammiani y cincuenta y cinco Pigliaspada.

SEGIS. Eso se llama vivir! (Entusiasmo lo.)

AQUI. (No: eso se llama morir!)

CEC. Un día llegó á nuestra casa un jóven que nadie conocía... era el conde de Pietraniera. Rico y generoso, pronto se hizo amar de todo el mundo.

AQUI. (Cuando yo decia que era muy bonachon...)

CEC. Con gran sorpresa de todos pidió mi mano. Yo no le amaba. (Mirando á Enrique.) Pero por dar gusto á mi madre consentí en llamarme su esposa.

SEGIS. Qué rasgo de abnegacion!

AQUI. Ah! sí, qué rasgo.

- CEC. Entre las personas que solian frecuentar el palacio habia un jóven, Giacomo Doria, que no me era del todo indiferente.
- ENR. Le amaba usted?
- CEC. Amarle? Nó, pero con su talento habia sabido conquistar mi afecto. Pocos dias despues, bajo un frívolo pretesto desafióle mi marido...
- SEGIS. Y le mató?
- CEC. Sí!
- AQUI. (Cáspita!)
- CEC. Así como igualmente á seis jóvenes más que se atrevieron á dirijirme miradas de amor.
- AQUI. Pues permítame usted señora que le diga que su esposo de usted es corresponsal del cólera morbo ó de la fiebre amarilla.
- SEGIS. Qué terrible historia!
- CEC. De modo que ya ustedes comprenderán por qué no debo aceptar sus ofrecimientos.
- AQUI. Ya lo creo!
- SEGIS. Pues bien, (levantándose todos) señora. Yo, Segismundo de Vargas Machuca, juro, y pongo por testigo de mi juramento á todos mis abuelos muertos gloriosamente, que la libraremos del terrible mónstruo que se goza en su sufrimiento ó que moriremos los tres.
- AQUI. (Los tres! Habla por tí solo!)
- CEC. Acepto con verdadera fruicion tan generosa oferta.
- ENR. Oh, gracias, señora!
- AQUI. (Eso será lo que tase un sastre.)
- SEGIS. Escoja usted, condesa, uno de los dos; los dos son igualmente valerosos, si bien Aquiles tiene la ventaja de la experiencia: ha dado muerte á dos corsos.
- CEC. Es posible?
- AQUI. No, no... es decir... diré á usted.
- ENR. Y qué importa la inexperiencia? Cuando el cora-

zon es firme, el brazo no vacila: tiene razon mi tío, dígnese usted escoger entre mi primo y yo.

CEC. (Llegó el momento de la prueba.)

ENR. Si yo fuera tan afortunado!...

AQUI. (Ay! ojalá!)

CEC. Mi marido! (Viendo entrar á D. Plácido.)

SEGIS. (Y no haber comprendido!...)

ENR. (Cómo provocarle?)

AQUI. (Qué aspecto tan horrible!)

ESCENA VIII.

DICHOS. DON PLACIDO.

PLAC. Héme ya de vuelta.

AQUI. (Hum! Tigre!)

PLAC. Todos mis asuntos están ya arreglados y desde hoy empezaremos á disfrutar los placeres de la corte. Al pasar por el teatro Real he tomado un palco para esta noche... Supongo que ustedes nos honrarán con su compañía.

SEGIS. Si en ello no abusamos de su bondad, con tanto más gusto, cuanto que mi sobrino Aquiles delira por la música.

AQUI. Quién, yo? Todo lo contrario. La detesto.

CEC. Cómo? No le gusta á usted la música?

SEGIS. Si le gusta? Ya lo creo... pues si toca el violon divinamente.

PLAC. El violon... grato instrumento!

AQUI. No, señor conde, lo único que toco es la flauta! (Qué afán de comprometerme!)

CEC. La flauta! Sus dulces sonidos me recuerdan mi país.

AQUI. Ah! Pero la toco muy mal. Además mi tío no ignora que otros asuntos...

PLAC. A su edad! Todo se olvida con el placer.

AQUI. (Vaya un placer!) Mi edad... mi edad... Pues cuántos años creen ustedes que tengo?

PLAC. Pschs!... Treinta y cuatro...

AQUI. Treinta y cuatro? Larguitos de talle.

CEC. Pues su aspecto no revela... (Habla aparte con don Plácido.)

AQUI. Es que estoy muy bien conservado. (Maldita!)

SEGIS. Eh! No digas disparates! Si sabré yo la edad que tienes? Te he visto nacer y eras... un niño...

AQUI. (Ya lo creo!)

PLAC. (Como contestando á una seña de Cecilia.) Ahora que recuerdo, esta mañana me digiste tenias que salir á comprar unas cosillas?

CEC. Con efecto.

PLAC. Ante la imposibilidad de hacerlo yo, espero que uno de estos caballeros me hará el obsequio de acompañarte.

SEGIS. Tendrán en ello un verdadero placer. (Aquiles!...)

AQUI. (Eh?) (Estos apartes rápidos.)

SEGIS. (No has oído?)

AQUI. (Sí!)

SEGIS. (Ya comprendes...)

AQUI. (El qué?)

SEGIS. (Es tu deber...)

AQUI. (Cuál?) (Haciéndose el desentendido.)

ENR. Si usted se digna (despues de hablar con ella aparte) aceptar mi brazo... (Cecilia lo toma.)

SEGIS. Ves, imbécil?

AQUI. (Acepta... Respiro!) (Viendo que Cecilia toma el brazo de Enrique)

CEC. Gracias Enrique! (Insensato! No teme usted?)

ENR. (Nada, señora!) Cuando usted guste.

CEC. Vamos... Hasta luego...

PLAC. (A Aquiles.) Siento mucho que la eleccion haya sido á usted desfavorable!

AQUI. Muchas gracias! (Te conozco!)

PLAC. Señores... (Váse puerta izquierda.)

AQUI. (Así no vuelvas!)

ESCENA IX.

DON SEGISMUNDO y AQUILES.

SEGIS. Quítate de mi presencia!

AQUI. Pero...

SEGIS. Quítate de mi vista. Eres indigno de mí.

AQUI. Pero por qué?

SEGIS. Y tienes aún el descaro de preguntarlo? Deshonrar de ese modo á un Vargas Machuca! Avergonzar á tu tio que tanto se afana por buscarte ocasiones en que puedas lucir tu ardor caballeresco.

AQUI. (Gracias!)

SEGIS. Pero no tengas cuidado: si á tí te falta el valor á mi en cambio me sobra... ya verás, ya verás...

(Sentándose á la mesa y disponiéndose á escribir.)

AQUI. Qué vá usted á hacer?

SEGIS. Qué voy á hacer? A escribirla yo mismo, y muy poco he de lograr... (Escribe.) «Infortunada condesa...

AQUI. Lo toma por su cuenta... tanto mejor.

SEGIS. »Si es cierto que en la tierra existen mónstruos...

AQUI. (Vaya si es cierto!)

SEGIS. »De abominacion, tambien lo es que hay almas »nobles dispuestas á destruirles con su valor. Usted sufre, es usted desgraciada...

AQUI. (Estilo del renacimiento!)

SEGIS. »Y su desgracia y su sufrimiento son debidos á un »tirano que se goza en su padecer. Pues bien, si »se halla usted dispuesta á sacudir su yugo, decídase usted á huir de su lado. Una silla de posta »nos esperará, y el brazo de un Vargas Machuca »estará á su disposicion.» Ahora la firma. Qué te parece?

AQUI. Muy bien. Pero cree usted conseguir?...

- SEGIS. Que si creo? Tú mismo has de admirarte del brillante resultado.
- AQUI. (Viejo verde!)
- SEGIS. Coloquemos la carta (Toma un ramo de la consola y mete la carta.) en este ramo, y no bien vuelva la condesa...
- AQUI. Se la dá usted! No me parece mal.
- SEGIS. Ya está! (Con énfasis.) Ahora el honor de los Vargas Machuca se ha salvado!
- AQUI. (Y yo tambien!)

ESCENA X.

DICHOS. CECILIA y ENRIQUE (foro.)

- CEC. Es mucha torpeza. (Dentro.)
- ENR. Exagera usted, y no hay motivo...
- SEGIS. Has oído? Ya están de vuelta.
- AQUI. Tan pronto? No es posible!
- SEGIS. Mira y convéncete.
(Viendo entrar á Cecilia y Enrique.)
- CEC. Gracias de todos modos por su galante atencion.
- ENR. Condesa...
- CEC. Señores... No nos esperaban ustedes todavía, verdad? En mi precipitacion me olvidé de recoger algunos objetos necesarios para realizar mis compras, y he molestado infructuosamente á este caballero, á quien suplico dispense mi ligereza.
- ENR. Estoy á sus órdenes y me ofrezco á acompañarla de nuevo, una vez reparada la falta.
- CEC. Mil gracias, Enrique.
- SEGIS. (Esta es la mia.) Condesa, dígnese usted aceptar estas flores menos frescas que su belleza.
(Le dá el ramo.)
- CEC. Chist! El conde... (Señalando al número 4.)
- SEGIS. Qué importa? El amor desprecia el peligro.

CEC. Mil gracias!

SEGIS. (Entre las flores (A Cecilia.) hay un billete. Seria tan feliz que obtuviera una respuesta?)

CEC. (Esto se complica.) Quizá.

SEGIS. Ah! Es usted encantadora!
(Cecilia entra en el número 4.)

ESCENA XI.

SEGISMUNDO, ENRIQUE y AQUILES

SEGIS. Ya es nuestra!

ENR. Qué dice usted?

SEGIS. (Se me escapó!) Nada; ya sabrás... pero antes dime qué tal, has adelantado mucho?

ENR. Bastante, si se tiene en cuenta el breve tiempo que he pasado á su lado. He seguido sus consejos así como los de Aquiles, y espero que si aun no me ama, pronto me amará.

AQUI. (Desdichado!)

ENR. Soy franco; creo haberme enamorado de veras...

SEGIS. Si supiera lo del billete... Pobrecillo!... (A Aquiles.)

AQUI. (No lo sabes tú muy bien!)

ESCENA XII.

DICHOS, CECILIA y D. PLACIDO que salen del núm. 4.

PLAC. Señores, cuando ustedes gusten: la mesa nos espera, porque yo presumo nos honrarán ustedes con su compañía..... (Dando la mano á Aquiles.) Querido Aquiles.

AQUI. (Cáspita y cómo aprieta.)

PLAC. Excelente sobrino tiene usted, caballero. Se dá así cierto aire á nuestro pobre amigo Giacomo Doria, no es verdad? (A Cecilia.)

CEC. Sí, en efecto, tiene alguna semejanza.

AQUI. (Maldito parecido!)

- PLAC. Hay apetito? (A Aquiles.)
AQUI. (A tu lado ni pizca!) Acabo de almorzar hace un momento, y esta circunstancia me impide aceptar...
PLAC. No insisto. Dispénseme usted, no obstante, la honra de tomar café en nuestra compañía.
AQUI. (No hay escape.) No me haré esperar.
PLAC. Me alegro! No hay tiempo que perder. Vamos?
SEGIS. Vamos!
ENR. Señora... (Ofreciendo el brazo á Cecilia que acepta.)
PLAC. Yo romperé la marcha. Adelante.
(Vase foro izquierda siguiéndole Enrique y Cecilia. Esta al pasar al lado de Aquiles le da con disimulo un papel, movimiento que observa D. Segismundo con visibiles muestras de alegría.)

ESCENA XIII.

DON SEGISMUNDO y AQUILES. (Esta escena muy rápida.)

- SEGIS. Espera; esa debe ser la contestacion á tu carta.
AQUI. (Querrá decir á la suya.) Tal creo... (Se la dá.)
SEGIS. Veamos. (Lee.) «Gracias, Aquiles... acepto.» Sublime laconismo.
AQUI. Sí, pero creo que ha leído usted mal.
SEGIS. No á fé. «Gracias, Aquiles.»
AQUI. Aquiles?
SEGIS. Como lo oyes; y aun no me das las gracias?... Ingrato!
AQUI. Eh? Cómo? Explíquese usted.
SEGIS. Nada más sencillo, la carta que yo escribí llevaba tu firma.
AQUI. Cielos!
SEGIS. Por eso dice, «gracias, Aquiles.» Todo esto se lo debes á tu tío!
AQUI. Sí, ¿eh? Pues sepa usted tío, que yo no reconoceré jamás esa carta como mia.

SEGIS. Quiere decir que te niegas?
AQUI. Redondamente.
SEGIS. Sí, eh? Pues yo te desheredo y quedamos en paz!
AQUI. (Cielos, esto es peor!) Entendámonos, querido tío...
SEGIS. No hay tío querido que valga, ó la robas...

ESCENA XIV.

DICHOS. ENRIQUE, foro izquierda.

ENR. Aun aquí? Extraña el conde y con razon...!
AQUI. Esa es una iniquidad!
SEGIS. Muy merecida.
AQUI. Figúrate... (A Enrique.)
SEGIS. Figúrate. (Idem.)
AQUI. Que el tío...
SEGIS. Que Aquiles...
ENR. Que el conde espera...
AQUI. Pretende...
SEGIS. No quiere...
AQUI. Que robe...
SEGIS. Robar...
AQUI. A la condesa!
ENR. Eh!
SEGIS. A la condesa.
ENR. Cómo? Quién sería tan osado que se atreviera?...
SEGIS. Aquiles...
ENR. Tendrás que darme una satisfaccion.
AQUI. No: yo no: es el tío...
ENR. Antes pasará usted sobre mi cadáver!
SEGIS. Sobrino!
AQUI. Y dice muy bien!
SEGIS. Aquiles!
AQUI. Es un horror!
ENR. Yo la amo!
AQUI. Sí, señor, él la ama.
ENR. Y nunca consentiré...

- AQUI. Eso es, y nunca consentiré... es decir, nunca consentirá...
- SEGIS. Es que ella consiente.
- ENR. Será verdad?
- SEGIS. Carta canta. (Le da la carta.)
- ENR. Imposible!
- SEGIS. Lee.
- ENR. Es verdad! (Después de leer.) Oh! yo averiguaré!
- AQUI. Sí, sí, averigüemos... (Intentando salir.)
- SEGIS. Ya lo sabes... (Deteniéndole.) ó la robas ó te desheredo.
- AQUI. Cruel alternativa!
- SEGIS. La robarás?
- AQUI. Sí, señor, la robaré! (Desesperado.)
- ENR. Ah! Qué idea! Acaso el conde...
- SEGIS. No hay que perder un instante. (A Aquiles.) Tu al lado de Pietraniera. Enrique de atalaya en este cuarto... y yo á prepararlo todo.
- AQUI. Bien pensado.
- ENR. Aquí hay algun misterio.
- SEGIS. No olvides que tú (A Aquiles.) eres el brazo y yo la cabeza!
- AQUI. (San Bartolomé nos valga.)
- SEGIS. Vamos?
- AQUI. Vamos! (Vánse foro derecha.)

ESCENA XV.

ENRIQUE, luego CECILIA.

- ENR. Será verdad que Cecilia corresponde á mi atolondrado primo? Cómo descifrar el laconismo de esta carta? Estará decidida á la fuga? Será él capaz de robarla? Por mi fé que no es fácil encontrar respuesta que me satisfaga. ¿Aquí está, yo averiguaré...
- CEC. Caballero, no puede usted imaginarse cuánto me

alegra encontrarle... Sabe usted dónde está Aquiles?

ENR. (No me cabe duda... le ama.) Lo ignoro, señora, y me sorprende la pregunta, porque nadie mejor que usted debe saber dónde está su favorecido.

CEC. Mi favorecido! Desgraciado joven, si usted supiera... El conde, me ha arrebatado la carta de Aquiles que no tuve la precaucion de rasgar á tiempo, y me ha obligado á contestarle en los términos que usted ha leído.

ENR. (Respiro!)

CEC. En vano traté de resistirme. Pietraniera, en un raptó de furor ha hecho que yo firmase una carta que él mismo dictaba. Comprende usted mi situacion? Comprende usted ahora la de Aquiles?

ENR. Será cierto cuanto estoy oyendo?

CEC. Desgraciadamente sí.

ENR. Pues bien, yo libraré á usted de ese insufrible tirano, aunque para ello arrostre la muerte.

CEC. (Si él supiera!...) No sea usted temerario, Enrique. Desista usted de su empeño: yo no puedo aceptar su ofrecimiento porque... porque... (Baja la vista.)

ENR. Acabe usted!

CEC. Porque yo necesito que usted viva.

ENR. Será verdad tanta dicha? Ah! Gracias, condesa, gracias!

CEC. Se acerca gente. Tal vez sea Aquiles. Le dejo á usted con él. Hasta despues, amigo mio. (Váse primera puerta derecha.)

ENR. Hasta muy pronto, encantadora Cecilia.

ESCENA XVI.

ENRIQUE. Luego AQUILES y DON SEGISMUNDO foro derercha.
DON SEGISMUNDO viene disfrazado de cochero, con librea
ridícula y fusta larga.

ENR. Sí, yo sabré salvarla y merecer el amor que un
hombre indigno de poseerla me roba.

SEGIS. Hola! desventurado (entrando) Enrique! Celebro
encontrarte.

ENR. Pero tio...qué significa ese disfraz?

SEGIS. Significa que todo está dispuesto, y que dentro de
un cuarto de hora el robo se habrá efectuado.

AQUI. (En la primera ocasion dejo al cochero que con-
cluya la aventura.)

ENR. Creo que confian ustedes demasiado.

AQUI. A ver, á ver, explícate!

SEGIS. Qué quieres decir con eso?

ENR. Quiero decir que el diablo las carga, y que tengo
graves cosas que decir á ustedes.

AQUI. (Adios mi dinero.!)

SEGIS. Habla!

ENR. La condesa acaba de hablar conmigo.

SEGIS. Y qué hay de particular?

ENR. Me ha encargado (á Aquiles) que te advierta que
Pietraniera ha leído la carta que la dirigiste.

AQUI. Cielos! Esto es peor!

SEGIS. Hola! Hola! Y qué más?

ENR. Que la contestacion ha sido dictada por el mismo
conde, que parece decidido á continuar contigo la
lista de sus víctimas.

AQUI. Qué bárbaro!

SEGIS. Magnífico!

AQUI. Eh?

SEGIS. Te parece poco, arrojado sobrino? No te quejarás
de tu suerte. Este detalle dá una importancia
grandísima á la aventura. El esposo ultrajado,

pálido y con los ojos inyectados en sangre... la infortunada condesa desmayada en mis brazos... tú, arrogante y fiero, desafiando á tu rival... Qué cuadro! Qué cuadro tan sublime! Ya me figuro estarlo viendo...

AQUI. (Antes ciegues que tal veas, asesino!)

ENR. Yo diré á usted...

SEGIS. Alguna tontería.

AQUI. Acaba de una vez... Hay más?

ENR. Si esto te parece poco...?

AQUI. No, no... qué me ha de parecer poco!

SEGIS. Qué significan esas palabras? Te arredra la lucha? Tendrás miedo ahora?...

AQUI. Ahora? No señor! Hace ya mucho tiempo que lo tengo.

ENR. Es que si eso sucediera, yo ocuparia su puesto.

SEGIS. Tú? Parece mentira!

AQUI. Él? (Qué ocasion!) Déjele usted, tio... A que no se atreve?

ENR. Que nó?

AQUI. Qué has de atreverte, hombre! No oye usted?... Pues no dice que...? Vamos, atrévete, anda, atrévete.

SEGIS. Aunque así fuera, yo no permitiria esa sustitucion.

AQUI. (Está visto; se ha propuesto que me hagan jigote!)

ENR. Acuérdate de Giacomo Doria!

AQUI. No me lo recuerdes! (Horrorizado.)

SEGIS. Aquiles, á tu puesto... Van á dar las siete. (Mirando el reloj de la consola.)

AQUI. Las siete ya! No puede ser... ese reloj debe ir adelantado.

SEGIS. Si dudas te desheredo!

AQUI. Qué situacion! (Oh, qué idea! Me he salvado!) Quién ha podido creer que yo dude? Dudar yo? Aunque saliesen de su tumba todos los Piglias-pada para detenerme no lo conseguirian. Qué

poco me conocen ustedes! Estoy dispuesto. Ahora venga el conde cuando quiera. Seguro estoy de matarlo... Pero... qué es lo que me pasa?... (Fingiéndolo que desfallece.) Mi vista se nubla.

SEGIS. Qué tienes?

ENR. Qué te sucede?

AQUI. Es particular... siento un estremecimiento extraño... un sudor frío... pero muy frío... una rigidez... tío... Enrique... Yo desfallezco! (Cae en el sofá.)

SEGIS. Aquiles, querido Aquiles... Cielos! Qué sospecha!

ENR. No comprendo...

AQUI. Agua!... Yo me abraso... Ah! no me cabe duda... El conde me ha envenenado!

SEGIS. Desgraciado! Todo lo comprendo.

ENR. Será verdad?

SEGIS. Pero cuándo ha podido envenenarte? Habla!

AQUI. No puedo... Qué terribles momentos... Ah! Sí... el café... me le sirvió... él mismo!

SEGIS. Ciertó! Y qué hacer?

AQUI. Giacomo Doria!

SEGIS. Enrique, corre, avisa... todavía será tiempo.

AQUI. No... no hay salvacion... Este veneno... no perdona á sus víctimas! Ay!!

ESCENA XVII

DICHOS. CECILIA saliendo del núm. 4.

CEC. Señores... Y Aquiles? (sin verle) está prevenido? Hizo usted cuanto le dije?

SEGIS. Ya es tarde!

ENR. Sí, Cecilia, demasiado tarde!

CEC. Cómo? Explíquense ustedes. No acierto á comprender...

SEGIS. El infame Pietraniera!...

CEC. Caballero!

SEGIS. Sí, señora, el infame Pietraniera ha hecho una

nueva víctima. Horrorícese usted! Ahí está Aquilés! (señalándole.)

CEC. (Aquí sucede algo que no comprendo!)

SEGIS. Muerto! Venguémonos!... En marcha!

ENR. En marcha! (Al llegar Enrique y D. Segismundo al foro, aparece D. Plácido que los detiene.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. PLÁCIDO foro derecha.

SEGIS. Pietraniera!

ENR. El conde.

CEC. Mi esposo! Cielos! (Siga la farsa!) (entra en su cuarto.)

AQUI. (Tiró el diablo de la manta!)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos CECILIA.

PLAC. Más calma, señores, más calma. Todavía no es hora de partir... Faltan siete minutos!

ENR. El cielo nos lo envía! Señor conde...

AQUI. (Me parte si niega el crimen!)

ENR. Llega usted á tiempo de gozarse en su obra.

PLAC. En mi obra?

SEGIS. Ya no respira!

PLAC. No respira? Quién?

ENR. Es vano su fingimiento... Lo sabemos todo!

PLAC. Todo!

SEGIS. El veneno ha obrado rápidamente!

ENR. Atrévase usted á mirarle!

PLAC. Por Dios que no entiendo una palabra...

SEGIS. Cómo disimula!

PLAC. Pero...

SEGIS. Allí está el desgraciado. (Señalando al sofá.) Allí, para confundir á su matador!

- PLÁC. (Ah! Ya entiendo!) (Viendo á Aquiles.)
PLAC. Pues que no hay otro remedio, para qué mentir?
Efectivamente, yo le he envenenado!
AQUI. Animal!! (Levantándose rápidamente y corriendo por la
escena.) Socorro! Socorro! Al asesino! Pronto, un
contraveneno!
PLAC. Es inútil. Esa ha sido una vana reaccion. Dentro
de cinco minutos habrá dejado de existir!
SEGIS. Esto es horroroso!
ENR. (Qué variacion!... Aquí pasa algo. Yo sabré...)
Señor conde, el crimen de que se ha declarado
autor, ha sido infructuoso. Yo he debido ser el
envenenado.
PLAC. Cómo?
ENR. Adoro á la condesa y soy correspondido.
PLAC. Pruebas! Necesito pruebas!
ENR. Ella podrá dárselas bien cumplidas.
PLAC. Bien está! Voy en su busca, y si es cierto lo que
acaba de decirme, prepárese usted á morir!
AQUI. (Este hombre vá á acabar con la familia.)

ESCENA XX.

DICHOS menos DON PLÁCIDO.

- SEGIS. Pero qué significa todo esto?
ENR. Significa que adoro á esa mujer, que he jurado
vengar á Aquiles, y que estoy dispuesto á cum-
plir mi juramento matando á ese hombre!
SEGIS. Vargas Machuca, te reconozco! Ven á mis brazos!
(Abrazándole.)
AQUI. Y yo en tanto que me muera, verdad?
SEGIS. Qué te importa la muerte si vas á ser vengado?
CEC. Sí, le amo: perdon! (Dentro.)
PLAC. Salga usted, señora! (Idem.)
ENR. Aquí están!
AQUI. (Y yo sin morir!) (Y yo sin morir!)

(Salen D. Plácido y Cecilia del núm. 4. Aquel con dos pistolas y trayendo á Cecilia cogida por un brazo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CECILIA y DON PLÁCIDO.

- PLAC. Caballero, (A Enrique.) lo sé todo, y necesito una reparacion inmediata y decisiva. Usted, señora, presenciará nuestro duelo al lado de su primera víctima.
- CEC. Señor...
- AQUI. (Será bruto este tio!)
- SEGIS. Pero van ustedes á batirse aquí?
- PLAC. Nada más justo. Aquí se ha inferido la ofensa; aquí debe lavarse!
- AQUI. (Cafre!)
- PLAC. Una de las dos está cargada. (A Enrique.) Elija usted, y que la suerte le sea favorable.
- SEGIS. Como tio... (Interponiéndose.)
- AQUI. (Valiente tio!)
- SEGIS. Y como caballero, yo no puedo permitir...
- PLAC. Señor mic, si no calla usted, como tio y como caballero, le levanto la tapa de los sesos.
- AQUI. (Y lo hace como lo dice... de seguro!)
- PLAC. Cuando usted quiera... (A Enrique.)
- ENR. (Tomando una pistola. Se colocan.) Sea!
- CEC. (No sé porqué tiemblo!)
- PLAC. Puede usted tirar caballero! (Enrique dispara y falta el tiro.)
- CEC. }
- AQUI. } Ah!
- SEGIS. }
- SEGIS. El cielo nos valga!
- AQUI. Ahora le escabecha.
- ENR. A usted le toca, conde!
- PLAC. (No tiembla, bravo!) Estoy satisfecho; mi hija tendrá un marido valiente. (Dejando caer la pistola.)

- SEGIS. {
AQUI. { Eh?
ENR. {
PLAC. A mis brazos, Enrique! (Abrazándole.)
CEC. Abrazale! Es mi padre, lo será tambien tuyo.
SEGIS. Pero se han vuelto ustedes locos?
ENR. Es esto un sueño?
PLAC. Tan desconocido estoy que no me conoces? (A don
 Segismundo.)
CEC. Tanto he variado que no ves en mí á tu Cecilia?
SEGIS. Cómo? tú?... Plácido! Querida sobrina!
AQUI. Já!... já!... já!... Con que no los habian ustedes
 conocido? Qué torpes! Yo al momento conocí la
 barba postiza del conde y... Quítese usted esa
 barba, tio Plácido... Le sienta á usted muy mal!
PLÁC. Dispensa si ahora tambien te equivocas. Es mia,
 y muy mia.
SEGIS. (Dando un puntapié á Aquiles.) Quítate de mi vista,
 torpe! De manera, que os habeis burlado de nos-
 otros?
CEC. No señor.

Con tan sencilla ficcion
hemos logrado alcanzar,
consejo á dos locos dár
afianzando una pasion.
Pero ahora la leccion
debo dar por olvidada,
pues que me veo obligada
—compromiso que no eximo,—
á ir como el tio y el primo
á caza de una palmada.

FIN.





